

pectáculo de todas sus leyes en contradicción manifiesta con la moral imaginaria inventada por el hombre, la desigualdad original de las razas, la de las organizaciones y de los cerebros, la desigualdad más monstruosa de las fuerzas y aptitudes mentales entre los individuos de la misma raza, del mismo pueblo, de la misma familia; la desigualdad en todas partes y todas sus consecuencias; la ley del más fuerte reinando con su horror en todos los grados de la escala de los seres; la concurrencia vital extendiéndose sobre la humanidad naciente lo mismo que sobre el resto de los animales; el exterminio de los más débiles y menos favorecidos para la batalla de la vida; la utilidad específica dominando al interés individual; la prodigalidad insensata de los gérmenes y de los individuos que parecen indiferentes á la fuerza universal, á la ciega creadora que no los saca á la luz sino para entregarlos á la muerte, después que esas oscuras multitudes hayan transmitido al través de los siglos los tipos diversos cuyo depósito recibieron.

Hé aquí la única moralidad según la ciencia de la naturaleza, la que lógicamente debería imitar la sociedad. Ciertamente es que se halla en los antípodas de la moral concebida por M. Littré y soñada por Augusto Comte; pero se trata de saber si no va el primero á buscar en otra parte, fuera de la ciencia de la naturaleza, los elementos de esa cultura estética y moral que traza á nuestros ojos. Dícenos con un lenguaje conmovido cuyo eco recojemos con placer: "No en vano vemos abuelos y padres en hombres que han entrado en las sombras eternas; no en vano vemos hermanos y compañeros de labor en hombres que gozan con nosotros de nuestro sol común; no en vano vemos nuestros hijos y la más cara porción de nosotros mismos en hombres que nacen y nacerán. Mientras más vive el hombre fuera de su egoísmo, más mejorado y feliz se siente. Si la patria ha inspirado tantas y tan tiernas abnegaciones ¿qué no hará la humanidad, patria universal?" (1) Aplaudimos esas bellas visiones del porvenir, esa afirmación solemne de la solidaridad humana; pero vemos aquí, como el mismo M. Littré nos ha dado tantos ejemplos en la vida de M. Comte, efusiones de sentimiento que producen una especie de lirismo, disposiciones *subjetivas* dignas de todo nuestro respeto, sin que nos sea posible ver por qué lógica secreta se ligan semejantes sentimientos con la concepción positiva del mundo, es decir, con la condición estricta de no aceptar como reglas más que los hechos físicos y las relaciones demostradas de esos hechos. Estamos aquí en las más altas cumbres de la esfera humana; ahora, por más que diga la escuela positivista, hay oposición manifiesta entre el trabajo de la actividad humana y el trabajo de la naturaleza. La naturaleza física no da más que lecciones de egoísmo; no conoce el derecho individual ó lo desprecia; no conoce la benevolencia ni la caridad; no respeta ni hace respetar en su dura evidencia, sino la ley del más fuerte. La humanidad, guiada por admirables instintos trabaja al contrario de la naturaleza, no excluye del derecho de vivir á los débiles y á los desheredados; lejos de eso, los respeta, los recoge, los ama; á la justicia añade la caridad; no imita la naturaleza, la reforma. Esto es lo que ha hecho M. Littré; toma en todo su rigor la ciencia positiva, para obedecerla hasta el fin, y hé aquí que en el término de su tarea, se encuentra que ha transformado completamente los datos ingratos

(1) *Conservación, Revolución, Positivismo*, 2ª edición, pág. 395.

é inhumanos de esa ciencia. Es que sin sospecharlo y á expensas de la lógica, le añade simplemente su alma. Con su alma sola ha creado esa moral, tan extraña á la impasible naturaleza, como la misma naturaleza lo es á nuestras pasiones y á nuestros dolores.

No es dudoso que M. Littré haya fracasado en las tentativas que hizo para constituir científicamente la psicología y la moral. En cuanto á los problemas que sobrepasan de la esfera humana, los hace á un lado simplemente y se contenta con burlarse de los espiritualistas y de sus vanas pretensiones para resolverlos. "Se nos echa en cara, dice, que dejemos grandes lagunas que impedirán á las doctrinas positivas prevalecer en el gobierno moral de las sociedades. Se dice que no satisfacemos de ninguna manera las necesidades que siente el alma humana de elevarse más allá de los límites del universo visible, de ocuparse en los misterios de lo inconocible, y de escuchar el instinto que nos hace creer que nuestra vida se prolonga más allá de la tumba. Nuestra respuesta á todo esto es fácil, no porque en efecto satisfacemos en nada ese orden de deseos, sino porque, tan curiosos como nuestros adversarios de los secretos de ultra mundo y de ultra-tumba, nuestra curiosidad no ha obtenido nunca resultados. Es penoso sin duda verse así encerrado en el dominio de lo relativo; pero no hemos podido salir de él por nosotros mismos, y resignados á decir con el poeta:

Sors tua mortalís, non est mortale quod optas,

aguardamos que se nos traigan pruebas mejores que las que tienen curso."

Ciertamente que no propondré á M. Littré pruebas mejores que las que no le han satisfecho en este orden de problemas; muy distinto es el objeto á que tiendo en este momento; pero tal vez tendríamos el derecho de pedir á nuestro severo crítico que fuese más difícil en cuanto á las objeciones que presenta en las cuestiones de este género. Véase el embarazo que se manifiesta en el exámen que emprende de la idea de finalidad, esa idea capital en la metafísica, garantía de la hipótesis de un plan y de un designio en la naturaleza. Léase otra vez el *Prefacio de un discípulo* (1) y nos convenceremos fácilmente de la perplejidad de ese espíritu sistemático y honrado al mismo tiempo, que teme dar la mano á una concesión temible para la escuela, y rehusarse también injustamente á una evidencia que se impone en ciertos casos innegables. Por más que se nos oponga un gran número de casos en que esa evidencia se turba y oscurece, allí donde la hipótesis se verifica (como lo reconoce M. Littré respecto de la constitución del ojo y otros casos análogos), ¿cómo negarse á reconocer la existencia de una causa cualquiera que ha tenido un plan, y se ha propuesto un objeto que ha realizado? Demasiado concienzudo para desconocer el hecho, M. Littré se abstiene sin embargo de explicarlo así, y se refugia en una explicación que no lo es: "No hay lugar á preguntar, dice, por qué la sustancia viviente se constituye en formas en que los aparatos se ajustan con más ó menos exactitud al objeto, á la función. *Ajustarse así es una de las propiedades inmanentes*

(1) *Principios de filosofía positiva*.

de esa sustancia, como alimentarse, contraerse, sentir, pensar. ¿Cuántos asideros ofrece semejante explicación sobre quien la ha propuesto? Se sorprende uno, dice con mucha exactitud uno de esos espiritualistas tan maltratados, (1) de ver á un espíritu tan familiar como el de M. Littré con el método científico, pagarse tan fácilmente de palabras. ¿Quién no reconocería aquí una de esas cualidades ocultas de que vivía la escolástica, y que la ciencia tiende á eliminar en todas partes? Y esto es tan verdad, que otro escritor positivista, M. Robin, abandona á M. Littré sobre este punto, lo que es bien grave.

No existe una especie de entidad llamada materia organizada, que estuviera dotada sin saber por qué ni cómo, de la propiedad de realizar fines, ó si esa materia existe, ¿cómo podeis conocerla, puesto que no conoceis más que fenómenos y leyes? Hablar de virtud acomodaticia en la materia, es resucitar las virtudes dormitivas y otras que Moliere mató para siempre. En otro escrito había combatido M. Littré con una elocuente vivacidad la virtud medicatriz de la escuela hipocrática. ¿En qué puede ser más absurdo admitir en la materia organizada la propiedad de curarse á sí misma que la propiedad de ajustarse á fines? (2)

¿Cuántas veces se podría sorprender á M. Littré en una especie de flagrante delito, no precisamente de contradicción consigo mismo, sino de rompimiento entre el sistema que le tiene cautivo y las luces que le arrastran! En alguna parte nos dice que nada le conmueve tanto como el espectáculo de ese universo sin límites que se revela á nuestros ojos, á nuestros instrumentos, á nuestros cálculos, y de la humanidad débil, pero pensante, arrojada en esa inmensidad. "Cuando el hombre se empeñó en la investigación laboriosa de la realidad de las cosas, le fué prometido por un secreto instinto que la realidad, la verdad, no dejaría á su imaginación sin maravilla ni á su corazón sin calor. La promesa se ha cumplido: el mundo se ha abierto con una belleza soberana." (3) Bien sé que sería injusto estrechar metáforas con rigor excesivo; pero en fin, ¿qué es, pues, ese instinto secreto de que nos habla magníficamente? ¿No es también una de esas causas finales proscritas, una conformación del espíritu del hombre en relación con la realidad y sus leyes presentidas? ¿No hay aquí algo que trasciende de la estrecha prisión de los fenómenos, y yo no sé qué llamamiento de una voz misteriosa que parece decir al hombre: "Siempre más alto! Siempre más lejos!" En fin, cuando M. Littré nos muestra, con una especie de entusiasmo religioso, á la humanidad avanzándose al través de los siglos, existencia ideal á la vez que real, largo tiempo ignorada, desprendiéndose después de sus nubes, fecundando por todas partes la superficie de la tierra, celosa guardiana de las riquezas intelectuales y morales de las generaciones, y mejorándonos á todos, de raza en raza, bajo su disciplina maternal y su benigna influencia; cuando nos traza el cuadro de "ese ideal real que es preciso conocer (ciencia y educación), amar (religion), embellecer (bellas artes), enriquecer (industria), y que de esta manera tiene toda nuestra existencia al objeto á la función.

(1) *Las Causas finales* por M. P. Janet, 2.^a edición, pág. 631.

(2) *Prefacio de un discípulo*, pág. 37.

(3) *Conservación, Revolución, Positivismo*, 2.^a edición, pág. 409.

tencia, individual, doméstica y social bajo su dirección suprema." (1) nos vemos tentados á detener á M. Littré y preguntarle ¿cómo, reducido á los fenómenos que ve y hace constar científicamente, con ayuda de esos datos estrictamente positivos, puede forjarse tales sueños de felicidad en medio de las miserias y luchas de la hora presente, y construirse esos palacios mágicos en que habita una humanidad transfigurada, esos *templa serena*, obra de un poeta y un soñador? M. Littré me respondería que uno de los más nobles atributos de la inteligencia humana, es el poder que tiene de idealizar: el ideal es al mismo tiempo su sueño y su culto; ella le persigue y le adora; le modela y se deja modelar por él. Está bien; pero ¿qué otra cosa es esa facultad de idealizar sino la facultad de ver más y mejor que lo real, de escapar de los helados esplendores de la inmensidad cósmica poniendo allí su pensamiento, ó de los tristes espectáculos de las sociedades humanas, sustituyendo su obra á la de la naturaleza insensible y de la historia in-moral, es decir, al reinado brutal de los hechos bajo las dos formas? Pero esa misma facultad que puede idealizarlo todo, ¿es obra del puro mecanismo? Y ese trabajo del hombre que trata de realizar su sueño sobre la tierra por la ciencia, por el arte, por la caridad, y rehacer el mundo á imagen de sus ideas, ¿no es la más brillante protesta contra toda filosofía que explica al hombre por las leyes ciegas de la materia y del azar, y hace así del pensamiento y la razón los fenómenos más incomprensibles de este universo que el pensamiento penetra y la razón comprende?

Hemos expresado nuestro disenso sobre los graves problemas en que estamos separados de M. Littré; creemos que ha sido vana su tentativa para constituir la filosofía nueva, y que le ha dado una base demasiado estrecha para soportar el edificio de nuestras ideas. Pero otros acometerán esa obra frustrada. Son numerosos; muchos de ellos son sabios, otros poderosos, y estas son considerables probabilidades en la batalla de la vida. Además, el terreno de las luchas futuras se halla despejado de todo lo que le obstruía; las situaciones son más precisas; los nuevos combatientes han desechado todo equipaje inútil. El antiguo positivismo se ha transformado; ha muerto bajo la forma doctrinal que le había impuesto Augusto Comte y que había aceptado en parte M. Littré; ha muerto en el momento mismo en que recibía la consagración, de los poderes nuevos y de los partidos que parecen dueños del porvenir, en el apogeo de su triunfo oficial; pero si ha muerto como sistema, debemos reconocer que como tendencia está más vivo y poderoso que nunca, habiendo legado á las nuevas generaciones este problema en que ha venido á resolverse todo el trabajo de Comte y de Littré: ¿Será la ciencia positiva la única institutora de la humanidad futura, el único juez de sus costumbres y de sus ideas? ¿Debe reemplazar definitivamente en el porvenir de las sociedades humanas las creencias filosóficas y la fe religiosa, para siempre, sin participación ni esperanza de una conciliación posible? ¿Las excluirá y á qué precio? Tal es la cuestión que no he temido llamar la cuestión capital del siglo XIX; preñada está de conflictos en el presente y en el porvenir, y la paz de las almas no está más asegurada que la de las naciones, á despecho de las leyes y previsiones de la sociología. Todo lo que pedimos

(1) *Conservación, Revolución, Positivismo*, 2.^a edición, pág. 395.

es que la lucha apenas comenzada y que se anuncia más viva que nunca, no descienda á la calle, que sólo tenga por teatro la conciencia, por árbitro la razón, por arma la discusión, y que ninguno de los partidos en este gran combate de las ideas, se prevalga de la fuerza que los azares de la política pueden poner momentáneamente en sus manos. La verdad debe hacer sola su obra. Este era el voto de M. Littré, y es también el nuestro.

E. CARO.

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Setiembre 1° de 1882.

Verdadera pena nos causa tener que contradecir á una persona tan estimable como el Sr. Dr. D. Porfirio Parra, y si de nosotros dependiera, convendríamos en todo lo que dice, nada más que por complacerle; pero la verdad tiene sus fueros, y no podríamos, sin desmentir nuestra conciencia, admitir como buenas por un acto de cortesía, las opiniones de nuestro ilustrado contradictor. Aquí tiene perfecta aplicación el antiguo prologo, *amicus Plato sed magis amica veritas*. Vamos, pues, sin más preámbulo, á hacernos cargo de las últimas contestaciones de nuestro colega. El señor doctor, quiere á todo trance probarnos que es positivista: parece que profesa especial predilección á la doctrina de A. Comte; pero parece también que siente invencible repugnancia al sensualismo y empirismo, y como los principios de estas escuelas forman la base de la moderna filosofía, el Sr. D. Porfirio nos da el espectáculo de una inteligencia que agota todas sus fuerzas en conciliar lo inconciliable, creando una especie de positivismo bastardo, que no sería ciertamente aceptado por los padres de la nueva iglesia. Desengáñese el Sr. Parra; su separación del gremio positivista es y será un hecho efectivo, á pesar de todas sus negaciones, mientras se mantenga en esa pugna, que por lo demás aplaudimos, con el sensualismo y el empirismo.

En un primer artículo publicado en la *Libertad*, niega el Sr. Parra que haya querido definir el positivismo cuando ha dicho que más que una filosofía es un método, y que por lo mismo no es extraño que estas palabras estén en desacuerdo con las definiciones de Littré, Mill y Bourdet. Está bien, nuestro colega tiene perfecto derecho para dar á sus palabras la significación que guste, y no insistiremos en llamar definición lo que no quiere que sea; pero no es este precisamente el fondo de la cuestión; la dificultad ha recaído desde el principio en el concepto mismo que de la filosofía positiva tiene el Sr. Parra, quien la ha querido reducir á una simple forma, á un puro método, prescindiendo de la materia, de la doctrina propiamente dicha, manera ingeniosa de eludir las radicales contradicciones en que han incurrido los que siguen el camino trazado por Comte. Nuestro colega asienta que lo que ha querido decir es que "los positivistas se preocupan más de la cuestión de método, que de la cuestión de doctrina." Y ¿cómo podría probarse semejante cosa? Dispénsenos el Sr. Parra, pero en nuestro concepto ha sufrido

una grave equivocación, atribuyendo á los positivistas una opinión enteramente personal. Ni podría ser de otra manera; subordinar el fondo á la forma, el fin al medio, no sería por cierto empresa digna de una escuela seria que aspira á producir una revolución completa en el mundo de la filosofía. Por otra parte, ¿qué significa eso de preocuparse (pase el galicismo) más de la cuestión de método que de la cuestión de doctrina? ¿El método acaso no forma parte de la doctrina? Y la preocupación que aquel engendra ¿no es en vista de los resultados que produce? ¿Qué se diría del individuo que se preocupara más del camino que del lugar en que va á habitar, del agricultor que se preocupara más de los instrumentos de labranza que de los frutos que espera cosechar, del médico que se preocupara más de las medicinas que de la salud del enfermo? Se diría, y con justicia, que eran víctimas de una preocupación (aquí en sentido legítimo), que había acabado por ahogar en ellos la voz del sentido común.

Nó, señor doctor; los maestros de V. no han pensado quedarse en el camino ni se han dado por satisfechos con poseer un instrumento bueno en su concepto, sino que han querido llegar al fin de la jornada, obtener el resultado de sus afanes, construir en fin todo el edificio científico bajo el cual debe descansar la humanidad futura. Esto es lo que forma la importancia del positivismo, lo que anima y alienta sus orgullosas aspiraciones; pero como para evitar un escollo ha despojado V. á la escuela de su parte trascendental, de su significación sustancial y positiva, resulta que sin querer definir el positivismo y con las mejores intenciones tal vez, le ha asestado V. un tiro de muerte, colocándose por ese mero hecho fuera del gremio. Y vea V. lo que son las cosas; á fuerza de pensar hemos acabado por convenir con V. en que el positivismo más que filosofía es un método, pues se trata simplemente de la aplicación del método empírico á las ciencias filosóficas. Pero ya que hemos llegado á este acuerdo importante, nos permitirá V. aplicar á ese método el criterio positivista, es decir, juzgarle por los resultados ya que no podemos establecer ningún principio *a priori*. Ahora bien; ¿tendría V. la bondad de indicarnos los servicios positivos que la filosofía debe al positivismo; los descubrimientos científicos que en el orden filosófico se han obtenido por el método positivista? Dejemos á un lado las grandes palabras y el desden trascendental con que los miembros de la escuela consideran á todos los profanos, y veamos las cosas como son en sí. La unidad de la doctrina positivista no ha podido establecerse ni un solo día; la vida de Comte y de Littré no es más que una serie de contradicciones, de tal suerte que, como observa Caro, el positivismo no existe ya como escuela, sino como simple tendencia, y podemos añadir que nuestros positivistas se han quedado un poco rezagados en el movimiento filosófico de la época, cuando procuran resucitar opiniones relegadas al olvido por los mismos adeptos. V. mismo, Sr. Parra, se ha declarado ecléctico en el seno del positivismo, partido desesperado que sólo puede significar la ausencia de un cuerpo de doctrinas que merezca el nombre de filosofía.

Ignoramos si nuestro estimable contradictor insistirá todavía en que no le comprendemos sobre este punto; por nuestra parte creemos haber expuesto con suficiente claridad las razones que tenemos para opinar que el concepto, ya que no definición, que el Sr. Dr. Parra tiene del positivismo, difiere radicalmente del que envuelven las definiciones que nos han dejado los jefes de la escuela, indicando á la vez las consecuencias